INTERVENCION DEL DIPUTADO ANDRES AYLWIN

AZOCAR EN HOMENAJE A LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD

No deseamos pronunciar un discurso sobre la Vicaría de la Solidaridad. Deseamos simplemente, dar un breve testimonio de orden personal.

Cuando en Chile, después del 11 de Septiembre de 1973, se desató la furia de los vencedores, nuestra sociedad sintió un dolor profundo: Tortura, incomunicaciones prolongadas, detenciones arbitrarias, personas desaparecidas, asesinatos, fusilamientos revestidos incluso de legalidad.

Pero junto con ese dolor hubo otro dolor, talvez, igualmente profundo: El dolor de la soledad.

Sóla estaba la madre buscando a su hijo desaparecido;

Sóla estaba la esposa llorando a su hombre muerto;

Sólo estaba el joven, recorriendo cárceles, comisarías y cuarteles procurando ubicar a su padre.

Pero no sólo ellos estaban solos; solos estaban también los profesionales que procuraban defender a un ser humano agarrado en la vorágine de la barbarie.

Personalmente fuí testigo de ambas soledades. La inmensa soledad de miles de mujeres buscando a sus esposos, hijos o nietos. Y la inmensa soledad, también, de algunos profesionales tratando de hacer algo para contener la barbarie.

Sin embargo, en una vieja casa de la calle

Santa Mónica, en Santiago, junto a una cruz se habían reunido representantes de todas las Iglesias, para defender allí al hombre y su dignidad, y para procurar contener en algo la barbarie y la crueldad. Allí, en ese lugar, se encontraron y juntaron todas esas soledades. Y si bien no se evitaron las lágrimas, nació allí una hermosa hermandad humana.

Sí, allí, en la Vicaría, muchas personas sufrientes o desesperadas, entendieron mejor que nunca el mensaje evangélico: Somos hijos de un mismo Dios y, por lo mismo, somos hermanos. Y así se hermanaron en el sufrimiento compartido, cristianos y marxistas; demócrata cristianos, socialistas o comunistas. Allí, también, talvez, por primera vez, gente sin religión sintió la presencia de Dios, y gente muy religiosa vió las llagas de Cristo en las heridas de un hermano.

Pero hay más: en tiempos de barbarie no sólo se destruye la carne, también se trata de matar el espíritu. Y los valientes suelen convertirse en cobardes; y los justos olvidan la justicia; y los generosos sólo se preocupan de los suyos. Así, las dictaduras procuran destruir ideales, sueños, valores y, más que nada, la esperanza en un mundo diferente.

Y justamente en esta realidad encontramos otra dimensión histórica de la Vicaría de la Solidaridad. En la noche gris escondió una luz; cuando el espíritu fué pisoteado afirmó la fuerza incontenible de los valores morales y, cuando pareció, a veces, que no había razón para creer en nada ni en nadie, ella, la Vicaría, fue el gran bastión de la fe en el hombre y su destino superior.

Miles de personas cuyos nombres no es posible enumerar; Cardenales o Sacerdotes, hijas del dolor con sus

rostros cansados pero erguidos; profesionales al servicio del hombre; jóvenes con sus manos unidas y sus rostros dirigidos a lo alto. Todo eso fue la Vicaría de la Solidaridad: Enjambre humano; Cristo junto al dolor; mano extendida al sufrimiento; hogar para la paz y para la soledad y, junto con ello, hermosa asociación humana que, en los años más tristes y difíciles, convirtió las lágrimas en hermandad y la sangre derramada en fe y esperanza.

Por eso, en este homenaje, muchas gracias, infinitas gracias.

ANDRES AYLWIN AZOCAR